



LENIN
SEPULTURERO DE LA
REVOLUCIÓN

GASTÓN LEVAL

PRÓLOGO

El pensamiento socialista, que había nacido de una búsqueda de relaciones sociales alternativas a las establecidas por el capitalismo, tuvo que enfrentarse desde un comienzo con la dificultad proveniente de su originaria y constitutiva experiencia crítica. En efecto, engendrado al calor de la crítica a las formas burguesas, se vio en la necesidad de lanzarse a la obtención de una praxis que le permitiera constituirse como fuerza social. El problema era, entonces, precisar hasta qué punto la adecuación de los contenidos ideológicos eminentemente críticos con respecto al capitalismo suponía la asunción de formas provenientes de éste, inspiradas directamente por él.

El liberalismo había puesto en vigor una serie de mecanismos en virtud de los cuales pudiera desarrollarse la acción política dentro de un ámbito, el orden burgués, predeterminado. El socialismo debía optar entre aceptar las formas en que venía dado el juego político, aunque no forzosamente tenía que limitarse a ellas, o, bien mantenerse al margen e impulsar sus propias formas de acción; fuese cual fuese la opción; comportaba una decisión ética. Si se optaba por la primera alternativa, la capacidad crítica quedaba un tanto hipotecada en la medida en que en mayor o menor grado se participaba de las estructuras vigentes. Con ello, la moral de quienes se decidieran a llevar adelante una acción política *stricru sensu* se convertía en una moral de compromiso entre el rechazo y la aceptación, entre la crítica y la apología. Mientras los fines ideológicos, que en tanto que fines siempre quedaban distanciados del azaroso reino del presente, podían mantenerse a salvo, los medios, sometidos al trepidante devenir político, se veían fuertemente seducidos. Era de esperar, pues, que fuesen estos últimos quienes salieran más mal parados del ambiente. Los fines quedaban fijados por la ideología en tanto que objetivos de los cuales no se desprendía mediación alguna que los conectara con el presente, con la acción. Por consiguiente, los medios se veían sometidos al flujo y reflujo de la política, desbordados por la actualidad, la realidad y los moralmente sospechosos vericuetos de la política. Por donde el contenido ético del socialismo quedaba disuelto en un magma de dictados, consignas, intereses, utilidades, pragmatismos... El principio jesuítico-maquivavelico del fin justifica los medios era el que, explícita o implícitamente, regia las acciones de los socialistas políticos. Luego, como se ha visto desde entonces hasta ahora, ha sido la política quien ha vencido al socialismo, el Estado ha sido el que se ha impuesto. El contenido crítico que había hecho nacer al socialismo ha quedado relegado a ser un motivo más de la demagogia.

Quienes optaron por la segunda opción y se mantuvieron al margen de las formas políticas que imponía el Estado, los socialistas libertarios, tuvieron que pasar por su propio viacrucis: la pérdida de fuerza y presencia en la sociedad. No obstante, antes de que su triste sino se cumpliera protagonizaron las experiencias de cambio social más profundas, originales y encomiables de los últimos tiempos: La Comuna de París, las revueltas campesinas en el campo italiano y andaluz, las colectividades ucranianas y, las de mayor relieve, las colectivizaciones españolas. Luego vino la marginación. Empero, las revueltas que desde entonces se han venido produciendo han sido libertarias sin necesidad de que los militantes libertarios las impulsaran; y ello es así porque lo libertario responde al anhelo de vivir en el máximo de libertad posible, de ahí que los húngaros de 1956, los checoslovacos de 1968, los estudiantes de la década de los años sesenta, los

polacos de Solidaridad. . . actúen en libertario cuando luchan por liberarse del yugo que les somete y rechazan crear formas autoritarias que a su vez los esclavicen de nuevo. Durante los momentos que se suceden después del derrocamiento de no importa cuál forma de poder, y mientras el vacío que este poder deja no ha sido todavía llenado por ningún otro tipo de poder a excepción de la libre asamblea, en esos momentos se está produciendo la verdadera revolución libertaria.

La unión entre fines y medios que constituye al pensamiento libertario y que informa al conjunto de sus postulados lo ha apartado de la política y lo ha acercado a las experiencias liberadoras de toda laya que vienen produciéndose por doquier. Mientras que del socialismo político poco más de lo que ya se ha visto cabe esperar, el socialismo libertario sigue siendo una alternativa al poder.

El camino recorrido por el marxismo lo ha llevado de ser un pensamiento crítico anticapitalista a convertirse en ideología de estados totalitarios; de Marx y Engels a Lenin, Mao y Castro. No obstante, contrariamente a como generalmente viene apuntándose, no es un problema de personalidades. No se trata de eximir al marxismo de desviaciones ni degeneraciones imputables a tal o cual político concreto. Por lo tanto, es absurdo recorrer el camino a la inversa, ir descendiendo y abandonando a Stalin, a Lenin... y mantener el conjunto del pensamiento marxista vigente, aunque eso si, más puro. Por esa vía llegaríamos a Tales de Mileto. Lo sugerente, lo interesante es analizar al marxismo como ideología social desde el momento mismo en que queda configurada por Marx y Engels, y enjuiciarlo en relación a los grandes problemas sociales a los que pretendidamente dé respuesta. Pronto se echará de ver que el marxismo carece de una profunda reflexión sobre el poder. Vivisecciona el capitalismo y se plantea rebasarlo, para ello se lanza a la conquista del poder. Pero carece de una crítica a éste, lo cual supone una tremenda limitación que queda brutalmente puesta de manifiesto cada vez que un partido comunista toma el poder. Sociedades feudales y capitalistas son «liberadas» del absolutismo y del parlamentarismo burgués y arrastradas al totalitarismo. Lo propio sucede en sus organizaciones, donde una compleja estructura jerárquica sirve como único modelo de relación humana entre sus miembros. Y eso ya ocurría en tiempos de la 1ª Internacional, cuando Marx dirigía, anatemizaba, expulsaba y catequizaba a sus anchas, como buen leninista *avant la lettre*.

La influencia que la revolución rusa ejerció en los medios políticos del mundo entero fue considerable, hasta el punto de que incluso hoy cuando son conocidos con el suficiente detalle el exterminio de toda iniciativa popular y del pueblo mismo llevado a cabo por los comunistas, sigue teniendo ascendencia entre las auto-denominadas vanguardias revolucionarias.

Las primeras noticias sobre los acontecimientos revolucionarios de Rusia que se conocieron en el extranjero fueron acogidas con gran entusiasmo e ilusión por parte de las organizaciones obreras. Tal fue el caso de la CNT española, la cual en un congreso celebrado en 1919, en Madrid, conocido como el congreso de La Comedia (por haberse celebrado en los locales del teatro del mismo nombre) discutió con ahínco la postura que la central anarcosindicalista debía tomar ante los acontecimientos que venían sucediendo en Rusia. Hubo militantes partidarios del apoyo incondicional a la revolución, como Eusebio

Carbó; otros, como Eleuterio Quintanilla, manifestaron sus dudas sobre el nuevo gobierno bolchevique, mostrándose reticentes a todo apoyo que se le pudiera conceder; finalmente, se impuso la posición defendida principalmente por Salvador Seguí, según la cual no existían todavía informes suficientemente claros y coherentes sobre lo que sucedía en la tierra de Bakunin, de ahí que lo más oportuno fuera enviar una comisión o un representante que observara directamente sobre el terreno cuál era el curso de la revolución. Para ello se aprovechó la invitación a participar en el II Congreso de la III Internacional que patrocinaban los bolcheviques y cuya sede había de ser Moscú. En Ángel Pestaña recayó la misión de visitar el país de los soviets.

En 1920, cuando Pestaña llegó a Rusia, la revolución había sido ya sepultada. Los órganos de participación y gestación popular habían sido minimizados por los bolcheviques, cuando no aniquilados sin contemplaciones. Sindicatos, soviets, cooperativas, colectividades... todo ello se encontraba bajo el control directo y despótico del Estado. No había más partido legal, como más tarde reconociera cínicamente Bujarin, que el comunista; los demás estaban en la clandestinidad y sus militantes poblaban las cárceles y los campos de aislamiento, procedentes directos de los campos de concentración, que habían sido creados por orden expresa de Lenin en 1918; una contribución más del comunismo a la historia de la humanidad.

La celebración misma del congreso de la III Internacional fue una burda pantomima. Los turnos de palabras no eran respetados, se boicoteaban proposiciones que no interesaba que prosperaran, se manipulaba lo más que se podía y se coaccionaba a los delegados. Todo un ejemplo de democracia popular.

A su regreso de Rusia, Pestaña no pudo ni siquiera ponerse en contacto con sus compañeros. Nada más llegar a la frontera española fue encarcelado en régimen de incomunicación total, que había de durar hasta 1922. Sin poder ver a nadie para que comunicara a la organización lo que había observado, Pestaña empezó a redactar sus impresiones en un estudio que a fines de 1921 -cuando la CNT ya había enviado otra delegación a Rusia- fue publicado con el título de *Informe de mí estancia en la URSS*.¹

Como quiera que la CNT desconocía la opinión de Pestaña y que su vida orgánica sufría un serio descalabro debido a la fuerte represión que sobre ella se cernía, en un pleno clandestino, al que pocos militantes pudieron acudir, una serie de elementos pro marxistas que por aquel entonces se encontraban entre las filas de la confederación y ostentando cargos de responsabilidad en la región catalana, se auto-nombraron como componentes de una segunda delegación que debería ir a la URSS para participar en la fundación de la Internacional Sindical Roja y en el III Congreso de la Tercera Internacional. Enterados los grupos anarquistas de la celebración de este pleno y de los miembros marxistas que habían de representar a la CNT, consiguieron añadir a la comisión a Gastón Leval, anarquista de origen francés fincado en España. Así, en mayo de 1921 partía para Rusia esta segunda delegación.

Gastón Leval era uno de los seudónimos, el más utilizado y más popular, del anarquista francés Pierre R. Piller. Hijo de un miembro de la Comuna de París, nació en la capital

francesa el 20 de octubre de 1895. Su infancia, a consecuencia del trato despótico que le infringiera su madre, fue especialmente penosa, tal y como él mismo lo testimonia en *Infancia en cruz*, Valencia, 1933, primera parte de su interesante autobiografía .

En 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, se declaró desertor y huyó hacia el sur de Francia, desde donde pasaría a España en 1915. De antimilitarista a anarquista sólo hay un paso, y Leval lo dio con decisión. En España estuvo deambulando por Barcelona, Zaragoza y Valencia principalmente, aprendiendo el castellano y participando en la redacción de diversas publicaciones ácratas. Como buen anarquista pronto conoció la cárcel, triste sino de los militantes libertarios. Ocho meses de confinamiento repartidos entre Valencia y Barcelona. En 1921 era suficientemente conocido y querido en los medios anarquistas como para merecer la confianza que los grupos anarquistas depositaron en él al nombrarlo delegado para participar en los eventos que se organizaban en Rusia.

Después de su visita a la URSS, que queda explicada en los textos que aquí prologamosⁱⁱ, Leval, tras unos meses en París, regresó de nuevo a Barcelona, pero al no encontrar empleo en la capital catalana tuvo que ingeniárselas para poder ganarse la vida, así pues, se agenció una cámara de fotografiar y en calidad de fotógrafo ambulante recorrió el norte de España hasta llegar a La Coruña, donde encontró trabajo como maestro en una escuela racionalista. Allí gozó de un pequeño respiro que le permitió casarse. Cuando la escuela fue clausurada a consecuencia de la represión que el dictador Primo de Rivera desencadenó contra el movimiento libertario, Gastón Leval, como un gallego más, emprendió las rutas de la emigración y embarcó rumbo a América.

Arribó al puerto de Montevideo, desde donde se trasladó posteriormente a la Argentina. «Allí comenzará una nueva vida -nos dice Paniagua-. Al llegar se encuentra con un movimiento anarquista muy dividido y enfrentado. La FORA, central sindical anarcosindicalista, sufre grandes tensiones en su seno. El grupo del diario *La Protesta*, dirigido por Abad de Santillán y López Arango, por una parte, y el del diario *La Antorcha*, por otra, rivalizan en la dirección del movimiento obrero. Comienzan las polémicas sobre el sindicalismo y el anarquismo y el papel de cada uno en las organizaciones proletarias. Leval se ve contrarrestado en sus opiniones al pretender adoptar una postura ecléctica entre unos u otros».ⁱⁱⁱ

Después de muchas vicisitudes consigue por fin un empleo estable: se hace profesor de francés en un colegio de Rosario. En su tiempo libre se dedica, alentado por Luigi Fabbri, a escribir, participando en el debate que en España divide al movimiento libertario. Los problemas sobre la construcción del comunismo libertario son estudiados desde diversos puntos de vista por los principales teóricos del anarquismo español. Peiró, Santillán, Puente, Urales, etc., discuten en torno a las posibilidades constructivas del pensamiento libertario. Leval mantiene una postura intermedia entre el comunalismo de Puente y Urales y el sindicalismo de Peiró^{iv}. De esos años son sus obras: *Problemas económicos de la revolución social española*, Valencia, 1933; *Le norme dello spirito ricorstructivo*, Filadelfia, 1933; *El Prófujo*, Valencia, 1935 (segunda parte de su autobiografía); *El mundo hacía el abismo*, s.d. (¿1935?); *Conceptos económicos en el socialismo libertario*, Buenos Aires, 1935 .

Tras el estallido de la guerra civil regresó a España en agosto de 1936. Se interesó

especialmente por las experiencias revolucionarias que venían realizándose en la industria y el campo, y con el objeto de hacer un estudio pormenorizado de ello se dedicó a recorrer las zonas colectivizadas. Fruto de ello sería su importante contribución al estudio de la revolución española: *Né Franco, né Stalin. La collettività anarchica spagnola nella lotta contra Franco e la reazione staliniana*, Milán, 1955 (la última edición en castellano es la debida a la ed. Anatema, Madrid, 1976). Durante los años que duró la contienda escribió diversos folletos y dictó múltiples conferencias. Entre los trabajos más importantes a destacar habremos de citar *Precisiones sobre el anarquismo*, Barcelona, 1937. Se trata, a juicio de algunos críticos, de su obra teórica más importante.

En 1938, cuando el fin de la guerra era próximo y la derrota inminente, Leval abandonó España, dirigiéndose a su país natal, donde fue encarcelado; pero en 1940 logró escapar viviendo desde entonces clandestinamente hasta 1949, y luego dos años más en Bélgica. Finalmente, su viejo delito de desertor es amnistiado en 1951, pudiendo regresar a Francia donde se incorpora a las filas del anarquismo del país. En 1955 funda la revista bimensual *Cahiers de l'humanisme libertaire*, que mantendrá hasta 1976. A comienzos de 1978 regresó de nuevo a España, su escenario revolucionario, muriendo poco después en París, el 16 de abril del mismo año. De sus últimos años son las siguientes publicaciones: *Socialistes libertaires, pourquoi?* París, 1956; *Pratique du socialisme libertaire*, Neuilly, 1959; *Génesis et réalité historique de l'Etat* (edición española en ed. Zero, Bilbao, 1978); *La falacia del marxismo*, Ed. Mexicanos Unidos, México, 1967; *L'humanisme libertaire*, París, 1967; *Elements d'éthique moderne*, París, 1967; *La pensée constructive de Bakounine*, París, 1976...

Lenin, el sepulturero de la revolución rusa es un trabajo publicado por Leval en su propia revista en el número correspondiente a mayo-junio de 1970. Aquí hemos reproducido la versión castellana que en su momento hiciera la redacción de la revista libertaria argentina *Reconstruir*. Se trata de un texto de crítica a la figura de Lenin, el revolucionario por excelencia. Leval nos revela sus impresiones tras la entrevista que tuvo con él. Nos lo presenta como un hombre amoral, de una insensibilidad absoluta, dominado por una voluntad frenética de poder... Años más tarde, Alexandr Solzhenitsín nos lo describirá de una manera parecida en *Lenin en Zurich*, Ed. Barral, Barcelona, 1976. En *Los anarquistas en prisión*, el texto con el que completamos la presente publicación, recogido de la excelente antología de Daniel Guérin *Ni dios ni amo*, se incluye un pequeño retrato de Trotski, el otro «artífice» de la revolución bolchevique. El denominador común en ambos personajes es la ausencia total de «prejuicios humanitaristas». Dominados por la voluntad de gobernar, de ejercer el poder, han aprendido a desdeñar todo cuanto entorpezca el acto de autoridad, para que éste sea puro y establezca una relación unívoca con aquél o aquellos a los que va dirigido, de manera que sea incontrastable. El sueño de todo dictador queda así cumplido.

La revolución rusa gozó durante muchos años y, como decíamos al iniciar este prólogo, sigue gozando de un alto prestigio. No obstante, los anarquistas la criticaron desde un buen comienzo. Algunos de los libertarios rusos decidieron colaborar con los bolcheviques, y les tocó jugar un triste papel. Stalin acabó pagándoles con el fusilamiento. Tal fue el caso, por ejemplo, de Archinoff, quien tras escribir una obra excelente en vindicación del movimiento anarquista ruso, se pasó a las filas stalinianas en vista de que sus propuestas de organización para-bolchevique no tuvieron éxito entre los anarquistas.

Otros llegaron, llevados de su deseo de colaborar con la dictadura, a ocupar puestos represivos de importancia en la dirección de los campos de concentración, como nos lo explica Solzhenitsin en su *Archipiélago Gulag*. No obstante, una buena parte de los militantes anarquistas rusos se mantuvo al margen y en contra de la dictadura bolchevique y luchó en los sindicatos y los soviets para que el protagonismo obrero no fuera aniquilado. Se batieron en las huelgas de Petrogrado en 1921, en la comunidad de Kronstandt del mismo año y principalmente en el movimiento makhnovista. Posteriormente, cuando ya habían sido derrotadas en todas partes las revueltas anti-bolcheviques, desde el exilio Volin dejaría un testimonio inquebrantable y de gran valor, *La revolución desconocida*, por el cual la lucha libertaria queda testimoniada. Otros no pudieron salir hacia el destierro y como el sabio Palchinsky, según nos cuenta Solzhenitsin y en contrapartida con los colaboracionistas, fue ejecutado por Stalin por seguir siendo fiel a sus principios.

Gracias a la obra de Volin anteriormente citada, sabemos cuál fue la lucha de los anarquistas en la Rusia revolucionaria. Volin supo, además, analizar con gran agudeza los acontecimientos. En su opinión no existe un corte entre Lenin y Stalin, al contrario, el primero es la condición de posibilidad del segundo. Una vez Lenin había sepultado la revolución -como dirá Leval-, pudo venir Stalin a reinar en la casa de los muertos. La revolución degeneró desde el mismo momento en que institucionalizó formas de poder con respecto a las cuales el pueblo no tenía ninguna forma de control. Luego, éstas pasarán a controlar al pueblo. La vía estatista es emprendida por los bolcheviques, pero como el pueblo tenía el poder en sus manos, tuvo que arrebatárselo a éste. Y ésta es una gran lección para los revolucionarios: fueron los comunistas quienes acabaron con la revolución al someterla a sus dictados y convertir a la ingente población revolucionaria de activa a pasiva, de agente a paciente y, en el peor de los casos, en carne de campos de concentración siberianos. Luego, en las revoluciones posteriores se ha venido reproduciendo este mismo esquema. El comunismo ha seguido jugando el papel de vanguardia de la contrarrevolución al no aceptar el libre juego de democracia directa y autogestión que espontáneamente es creado por el pueblo cuando derroca al Estado.

Esta es la tesis anarquista de interpretación de la revolución. Volin lo supo ver, Kropotkin, antes de morir en marzo de 1921, se lo dijo a Lenin; Emma Goldman y Alexander Berkman lo constataron en su estancia en la URSS; Rocker lo difundió en un temprano texto en el que planteaba una crítica libertaria al curso que estaba tomando la revolución; Volin lo dejó sentado de una manera magistral en su gran obra. Los textos de Gastón Leval que siguen constituyen la aportación del militante anarquista francés a esta interpretación anarquista de la revolución rusa. Su estancia «en el lugar de los hechos», su contacto con las altas personalidades, avalan su testimonio. Nos ofrece una descripción psicológica de Lenin que contradice las versiones interpretativas de su figura claramente apologéticas. El «faro de la humanidad» no era más que un hábil caudillo dominado por la pasión de mandar y dotado de la eficacia de no tener la más mínima inquietud por las consecuencias humanitarias que sus irrevocables decisiones pudieran acarrear. Sólo así podía sentirse lo suficientemente autorizado por su ideología para estar por encima de la humanidad y desde arriba poder gobernarla a su antojo. Lo cual no es nada nuevo, ya que es un sentimiento compartido siempre por todos los ambiciosos de poder, se hallen al frente de una tribu, una horda, un ejército o un partido.

...el largo camino recorrido por el marxismo desde los primeros escritos del joven Marx hasta la ocupación de Afganistán por las tropas imperiales soviéticas conduce de un pensamiento crítico que se cree llamado a redimir a la sociedad de la injusticia, a una ideología totalitaria fundamentadora de los campos de concentración y de sus sesenta millones de víctimas uno más de los logros del socialismo. Algo debe haber en los textos de Marx, en algún rincón de sus escritos, cuando el mismo sentía vibrar en su pluma ese mismo sentido de superioridad que le llevaría a buscar la hegemonía ideológica y a cometer toda clase de arbitrariedades para hacerse con el poder en la 1ª Internacional; tal vez de allí arranca la historia del Gulag. Y todo por invertir a la ideología de santos poderes, de ciencia infusa, por considerarla la portadora de la Verdad, cuando en la vida social no puede existir una Verdad, porque eso conduce a la dictadura de aquel que crea poseerla. La resolución de los problemas sociales ha de ser siempre comunitaria. Los implicados, por sí mismos, con el asesoramiento que se crea oportuno, pero nunca con vasallajes, son los indicados para acceder a la producción de sus problemas. El camino de la libertad es el de aprender a convivir sin preeminencias.

Ignacio de Llorens

LENIN SEPULTURERO DE LA REVOLUCIÓN

Yo había visto y escuchado a Lenin por primera vez en el Congreso de la Internacional Comunista en el que había sido admitido, al igual que mis co-delegados, como observador¹. Ese congreso había funcionado ya unos ocho o diez días, y todos los personajes eminentes del comunismo internacional y del partido comunista ruso, habían usado de la palabra a propósito de un conflicto que en Italia dividía a las fuerzas comunistas recientemente constituidas y a los socialistas de izquierda, cuyo jefe era Serrati, que quería guardar su distancia, o al menos cierta independencia frente a los hombres de Moscú. Habían sido expuestos argumentos. Trotsky, Zinoviev, Radek, Rakovski, habían intervenido. Y de pronto, el conjunto de los observadores, de los delegados comunistas rusos e internacionales, se levantan, estallando en aplausos y lanzando innumerables; ¡viva Lenin!; éste último había entrado por el bastidor y se sentaba en la tribuna.

Creo haber sido el único que no se levantó ni aplaudió. Pero me sentí mirado por mis vecinos como aquellos que, en Francia, no saludaban la bandera durante un desfile militar, o en España, los que no se descubrían o no se arrodillaban cuando pasaba una procesión. Digamos que por cierto eso no me llegaba.

Tuve entonces la ocasión de verificar lo que me decían dos de mis amigos: el francés Rene Marchand, sinceramente adherido a la revolución, y al doctor Nicolaiko, un anarquista al que yo había formulado esta pregunta: «¿Considera usted que Lenin es un genio?». -¿Que entiende usted por genio?, -me respondió Nicolaiko-. En las discusiones Lenin no tiene más que la talla de un abogado de aldea retorcido («oh si, retorcido», interrumpió Marchand) y de poca consistencia, os lo aseguro.

En esa intervención sobre el asunto italiano, el único en el que apareció Lenin durante los quince días que duró el congreso, solo pude constatar la pobreza de sus recursos, de su ironía fácil (se burlaba de Lazzari, defensor de Serrati, remedaba sus palabras italianas y su pronunciación, ante las risas de un auditorio servil) y del carácter autoritario de sus declaraciones. Lenin no aportó el menor argumento original, pero planteó el ultimátum: Serrati y sus amigos se sometían a las condiciones que se les imponía, o eran expulsados de la Internacional comunista.

Si mi primera impresión no fue favorable, la segunda lo fue menos aun. Habiéndome ocupado muy activamente durante más de dos meses de la suerte y de la liberación de catorce camaradas² que estaban en su undécimo día de huelga de hambre en la prisión de Butirki, había podido, en un esfuerzo desesperado, arrastrar a otros delegados al Congreso de la Internacional Sindical roja para una gestión suprema ante el jefe supremo. Hasta entonces nos habían entretenido enviándonos de un personaje a otro, rechazándonos siempre la autorización para visitar a esos camaradas anarcosindicalistas, a los que se acusaba de las peores fechorías sin darnos jamás la menor prueba de su culpabilidad. Relatar todas esas gestiones sería demasiado largo. Pero es bueno precisar que había logrado penetrar clandestinamente en la prisión, que había tenido una entrevista con

nuestras camaradas y una prolongada conversación con Volin, quien hablaba admirablemente el francés y refutó punto por punto las calumnias (alianza con los generales blancos, masacres de soldados del ejército rojo, descarrilamientos de trenes que transportaban tropas soviéticas, etc.) que la Tcheka (policía de Estado) lanzaba contra él.

Esta vez estábamos decididos a ir hasta el fin. Y partimos al Kremlin, a ver al nuevo zar que estaba encerrado entre sus muros. Habla miembros de ocho o diez delegaciones: española -en la que yo estaba-, francesa, inglesa, italiana (de la Unión Sindical Italiana), R.P.D. alemana, I.W.W. canadiense, etc. Y cuando el cuerpo de guardia que cerraba la entrada del Kremlin pidió de parte nuestra y por teléfono al «tovarich Lenin» acordarnos una entrevista, este, comprendiendo la mala impresión que tendría un rechazo, aceptó.

Pero, llegados ante una especie de gran pabellón en que él habitaba, nos topamos con un nuevo cuerpo de guardia, que rehusó a su vez dejarnos pasar. Uno de nosotros redactó, en francés, una nota insistiendo en la entrevista. Lenin contestó con otra nota en que decía que las tareas de la Revolución no le permitían recibirnos. Nueva nota de nuestra parte. Al fin, respuesta favorable. Y hemos aquí en el primer piso del edificio, en una especie de entrada en la que se abrían tres puertas. Esperamos algunos minutos y apareció Lenin.

No puedo, por falta de tiempo y de lugar, contar en detalle lo que fue esta entrevista. Digamos lo que nos parece lo más característico. En primer lugar, en la propia entrada, Lenin nos estrecho uno

tras otro la mano reteniéndola largamente prisionera, y nos miró de hito en hito no menos largamente con un descaro desconcertante. Nos preguntaba nuestro nombre, de qué país veníamos, de cual delegación formábamos parte, etc. Poco después, estamos sentados en torno a una gran mesa rectangular, y Tom Mann, delegado inglés y la personalidad más destacada de nuestro grupo, expuso a Lenin el objeto de nuestra gestión. Lenin le contestó en inglés, después nos dirigió la palabra en un francés bastante mediocre.

Comenzó inmediatamente por decirnos que los anarquistas rusos no eran como los anarquistas de Occidente, sino enemigos de la revolución, traidores que se habían pronunciado por la guerra al lado de los aliados, lo que era una mentira, pero le daba el “derecho moral” de perseguir a todos los anarquistas anti-bolcheviques. Después lanzó contra nuestros camaradas encarcelados las eternas acusaciones.

Le interrumpí cuando cargaba sobre Volin las peores fechorías. Claramente, firmemente, le dije lo que sabía de la verdadera actividad de nuestro camarada, bestia negra de todos sus perseguidores. Yo hablaba de un modo preciso, martillando mis palabras, describiendo casi día por día las actividades de nuestro camarada. Lenin, que cuando los demás hablaban tenía la costumbre de mirar el techo sonriendo irónicamente sin escuchar lo que se le decía, quedó por un momento embarazado. Luego, buscando el medio de salir de su embarazo, habló de los contrarrevolucionarios que habían sido hasta entonces revolucionarios, de la defensa del Estado («el Estado es una máquina de la que somos responsables y debemos defenderla contra los que la atacan»), del realismo revolucionario («Volin es muy inteligente, y, justamente por eso, no podemos dejarle hacer propaganda contra nosotros»), volvió a los descarrilamientos de trenes, a los soldados rojos

masacrados, acusó a Machno de cometer monstruosidades en Ucrania, y junto a Volin con Machno. Toda discusión se volvía inútil, tanto más por ser yo el único en desmentir a mi interlocutor.

Pues durante todo este diálogo, los otros delegados callaron. Tenían sus razones valederas⁴. Luego de la conversación cambio un poco de tema, se pidió a Lenin el derecho, para todos los revolucionarios, de propagar sus ideas por la palabra y por escrito. Rechazo de Lenin, quien acepta sólo intervenir por los catorce huelguistas de la prisión de Butirki, pero (y esto dicho modestamente) que no podría decidir nada por si mismo, pues era la mayoría del Politburó⁵ quien debía decidir.

Sabíamos que era él quien hacía la ley en este cuerpo, entonces compuesto por él mismo, Trotsky, Zinoviev, Bujarin y Kamenev. Pero había que prestarse a esa comedia y yo mismo escribí una nota en la cual encargábamos «al camarada Lenin» presentar nuestro requerimiento a los camaradas del Politburo. La conversación se prolonga todavía un poco, y partimos. La respuesta llega al día siguiente a la habitación del delegado francés Sirolle. Estaba firmada por Trotsky y se nos negaba la puesta en libertad de nuestros camaradas; no se aceptaba sino hacer una cosa: expulsarlos de Rusia, o nada. Debimos aceptar forzosamente. Y así fue cómo nuestro camarada Volin volvió a Occidente, donde se había refugiado antes bajo el zarismo y de donde había partido para volver a Rusia desde la revolución de febrero.

La impresión que me dejo Lenin fue la de una insensibilidad absoluta. Miraba a los hombres como un comprador mira el ganado en una feria o como un ingeniero curioso de saber lo que podía sacar de una máquina nueva. Nada de simpatía, de reflejo del alma en esta fisonomía mas sarcástica que cordial. De todos los hombres que conocí entonces, era el menos capaz de humanidad. Es verdad que no tuve la ocasión de conocer a Stalin...

* * *

Lenin era el amo absoluto en Rusia. «No tenemos ni siquiera una república burguesa, tenemos una monarquía absoluta», me decía Simon Steinberg, secretario del partido socialista revolucionario de izquierda, al que visitaba clandestinamente en la pieza donde vivía también clandestinamente. Y era verdad. Cuando se formulaba un pedido de medidas coercitivas contra un miembro del Comité central del partido, se decidía por mayoría y minoría lo que había que hacer. Pero Lenin hacía arrestar al que quería, cuando quería, sin pedir permiso a nadie. Tenía, en las oficinas de los diferentes ministros -Tchicherin, Lunatcharsky, Trotsky mismo-, hombres suyos que le informaban de todo lo que pasaba en ellos o cuanto allí se decía. Pues tenía en sus manos la Tcheka. La Tcheka, cuyo nombre resonaba tan siniestramente como el de la Gestapo, que ejercía una dictadura absoluta sobre la totalidad de Rusia, que detenía, encarcelaba, deportaba, torturaba, asesinaba a quien quisiera, sin rendir cuentas a nadie, que incluso había inventado nuevos medios de tortura⁶. El escritor y profesor yugoslavo Mihailovitch revelaba, hace cerca de tres años, que cuando Odessa fue retomada por el ejercito rojo, treinta mil personas fueron fusiladas. Eso lo supe ya en 1921, y solo fue un hecho entre muchos otros. La Tcheka (reemplazada por la N.K.V.D.), por la G.P.U., el M.V.D. y no sé qué otro organismo

policial actual, organizó los primeros campos de concentración de Europa. En 1921 había ya millares de personas encerradas en campos que se llamaban «aisladores». No fueron menos terribles que los campos hitlerianos.

La misma Tcheka perseguía, encerraba y asesinaba a los miembros de todos los otros partidos revolucionarios. Es así como Maria Spiridinova, joven heroína, que había salido de las cárceles siberianas cuando fue derribado el zarismo y se había convertido en el líder de los socialistas revolucionarios de izquierda, volvió a estar muy pronto en prisión, y allí murió.

Todo eso lo sabía Lenin, lo toleraba para disponer de una fuerza que le sirviera ciegamente. Y cuando Rene Marchand propuso a Trotsky, a Bujarin, a otros altos personajes, que se reglamentaran las actividades de la Tcheka a fin de que no dispusiera más de un cheque en blanco que la autorizara a hacer cuanto le placía, esos partenaires de Lenin aceptaron, pero Lenin arrojó el proyecto al canasto.

* * *

La tiranía de Lenin no era nueva. No podemos aquí hacer historia, siquiera sucinta, de sus actividades en el seno del partido socialdemócrata ruso, en el cual la lucha de fracciones que condujo lo hicieron a menudo ser comparado por Plejanov, fundador del marxismo ruso, con Robespierre, en tanto que después del congreso de 1903, le escribía Trotsky a Axelrod, otro miembro de la socialdemocracia rusa, que con hombres como Lenin “el aparato del partido sustituía al partido, luego el Comité central sustituía al aparato, y al fin el dictador sustituía al Comité central mismo”. El «centralismo democrático» de Lenin era, de hecho, el egocentrismo⁷.

* * *

Los panegiristas, que abundan para los vencedores y que, en su mayor parte, harían el panegírico de los triunfadores del campo opuesto si el viento hubiera soplado en otra dirección, hablaban muy fácilmente y hablan aun del «genio de Lenin». He dicho ya que ante lo que he visto, me formule la cuestión durante mi estancia en Rusia, desde junio a octubre-noviembre de 1921. Y hace ya tiempo que respondí negativamente. En lo que, por lo demás, no estoy solo.

Las razones del triunfo de Lenin no dependen de la calidad excepcional de su pensamiento, de su espíritu creador, sino de la voluntad frenética de poder que siempre lo ha dominado y de su amoralidad absoluta en los medios empleados para lograrlo. Se puede hablar del genio de la maniobra, del genio de la argucia (aquí aparece la estructura mental del «abogado de aldea»), del genio de la mentira y de las falsas teorías. Había, en el seno del partido social-demócrata ruso, otros hombres tan inteligentes como Lenin: un Plejanov, un Martov, un Trotsky, un Axelrod le equivalían, pero no tenían su habilidad sofisticada y maniobrera. Entre los socialistas revolucionarios de izquierda y de derecha, un Tchernov, un Tseretelli, y sin duda una Maria Spiridinova le equivalían también. ¿En que les ha sobrepasado Lenin, aparte de la ambición de poder y el cinismo político que se justificaba a si mismo en nombre de la dictadura necesaria en la

revolución?

Poned juntos a hombres que persigan un objetivo común. El éxito de la empresa debe ser el fruto de sus esfuerzos conjugados. Pero uno de ellos, rompiendo el pacto implícito o explícito que los ha unido al comienzo, los hace caer en una trampa que no esperaban y los precipita en el abismo, desviando a todo el conjunto, del objetivo perseguido. ¿Será este un rasgo de genio? ¿Será por ello superior a los que ha traicionado? De ninguna manera. Eso será una prueba de deslealtad y los que aplaudieron a tal vencedor son dementes, ciegos o pillos de su especie.

Así, algunos justifican el golpe de Estado (pues no fue una verdadera revolución) de octubre de 1917, reprochando a los otros partidos, particularmente a los socialistas-revolucionarios (que obtuvieron seguidamente el 50 por ciento de los votos en las elecciones para la Asamblea constituyente, mientras que, aun detentando el poder, los bolcheviques solo lograron el 25 por ciento), su falta de audacia revolucionaria⁸. Desde este punto de vista, es verdad que Lenin explotó magistralmente la situación. Pero desde octubre de 1917 a febrero de 1918, fecha en la que tuvieron lugar las elecciones para esa Asamblea, solo habían pasado tres meses. Y durante estos tres meses los obreros habían tornado la mayor parte de las fabricas, talleres y otros organismos de producción, los campesinos habían tornado la tierra, un nuevo régimen social y en gran parte socialista estaba en tren de nacer. El desarrollo de las realizaciones en curso no conducían ni a la restauración del zarismo, ni a una dominación real del capitalismo. La Asamblea constituyente francesa puso más de dos años para cumplir su obra, ¿por que reprochar a la de Rusia el no haber cumplido la suya instantáneamente?

El «genio» de Lenin consistió una vez más en la maniobra. Supo, sin duda sin ser el único, condensar en algunas formulas impactantes los hechos de magnitud que se producían durante el periodo de Kerenski. La inmensa mayoría de los soldados, de origen campesino, estaban cansados de la guerra y querían volver a su tierra, que los campesinos que quedaron en la retaguardia se apropiaban y repartían: de ahí la formula lanzada por los bolcheviques de «¡Paz inmediata, sin anexiones ni indemnizaciones!». Los soviets -a los cuales Lenin solo había atribuido poca importancia durante la Revolución de 1905- se multiplicaban en el territorio ruso y eran la expresión espontánea de la democracia popular local. Lenin y los bolcheviques lanzaron la formula de «¡Todo el poder a los Soviets!» (no a los bolcheviques, recordémoslo bien). Los campesinos expropiaban a los terratenientes. Lenin y los suyos proclamaron: «¡La tierra para los que la trabajan!»⁹ La voz universal pedía la convocatoria de una Asamblea constituyente que, recogiendo los deseos expresados, estableciera las bases generales de la nueva Rusia. Y los bolcheviques hicieron también campaña para la rápida convocatoria de la Asamblea constituyente.

Oportunismo político hábil, genial, si se quiere, pero si solo esta hecho de astucia, de traición, ¿es verdaderamente genial?

Hemos dicho oportunismo. Agreguemos que es de múltiples caras. Seria interesante mostrar todas las contradicciones de Lenin, su modo de sostener simultáneamente las tesis más contradictorias según hablara en un congreso o en el Comité Central, según sus

interlocutores del momento, según las situaciones.

Así, un mes antes del golpe de Estado de octubre, Lenin escribía un folleto titulado ¿Podrán los comunistas conservar el poder?, que estaba seguramente reservado a los miembros del partido, según una práctica habitual. Y al mismo tiempo que hacia campaña por la convocatoria de la Asamblea constituyente, lo que implicaba el respeto de la voluntad popular, al mismo tiempo que proclamaba: «¡Todo el poder a los Soviets!»¹⁰, lo que suponía que el poder sería diluido en la mayoría del pueblo ruso, y no que quedaría en manos del solo partido comunista, pronosticaba para sus amigos que los comunistas podrían conservar el poder, diciendo que el partido que seis meses antes contaba 20.000 adherentes y que, según el, contaría en octubre con 240.000, podría, con esos 240.000 miembros, cuya inmensa mayoría había llegado al bolchevismo sin saber nada de Marx, del marxismo, ni aun del leninismo, que los 240.000 adherentes, decimos nosotros, podrían muy bien reemplazar a los 130.000 terratenientes que gobernaban a Rusia antes de la caída del zarismo.

Eso era engañarse con sus propios sofismas y hacer una caricatura grosera y tonta de la realidad. Pues ante todo Rusia no era gobernada por 130.000 terratenientes, sino, sin exceptuar a estos últimos, por un aparato de Estado nacional que contaba 250.000 funcionarios profesionales, sin contar las administraciones locales y regionales, los «zemstvos» (asambleas provinciales), todo el aparato económico en manos de los capitalistas y de los técnicos del capitalismo -de lo que Lenin hablara en el XI congreso del partido comunista-, todo el aparato comercial, y las industrias nacionalizadas, que tenían una importancia tan grande. Ante tal visión limitada de las cosas, uno queda estupefacto al leer a ciertos comentaristas cuando afirman que Lenin se mostró excepcional por su capacidad de analizar diversas situaciones.

Sea como fuera, vemos que proyectaba conservar el poder... después de haberlo tomado de una manera u otra. Esto implicaba, una vez conquistado el poder, la dictadura de un núcleo de revolucionarios profesionales, de bolcheviques a toda prueba, y en consecuencia una centralización que, por necesidades de la causa, se llamaría democrática...

Pero al mismo tiempo que escribía ese folleto (septiembre de 1917), Lenin escribía su libro intitulado *El Estado y la Revolución*, en el cual, basándose en tales y cuales escritos de Marx y de Engels, se proclamaba enemigo del Estado y hacía suya la fórmula engeliana: «En tanto el Estado exista no habrá libertad; cuando la libertad sea establecida, el Estado habrá desaparecido». Y afirmaba su concordancia de principios con los anarquistas en cuanto a la necesaria desaparición de ese Estado. Les reprochaba solamente (como había hecho Marx con Bakunin y sus amigos) querer andar demasiado rápido, poner la carreta delante de los bueyes.

* * *

Sin embargo, Lenin dice: «¡Abajo el Estado! «pero se trata del Estado capitalista. En su lugar se instaurara un Estado compuesto por «los obreros armados». Agrega que todos los ciudadanos se transformarían «en empleados asalariados del Estado constituido «por los obreros armados»; todos los ciudadanos, agrega, se tornan empleados y obreros «de un

único 'cartel' del pueblo entero, del Estado». Todo consiste en obtener que trabajen en una proporción igual, observen exactamente la medida de trabajo y reciban en proporción. ¿En proporción de que? No lo sabemos.

¿Quién puede comprender algo de ese galimatías? Porque finalmente, ¿quién compondrá el Estado? ¿Qué significa ese «único cartel del pueblo entero, del Estado»? ¿Estaría compuesto el Estado por los 150 millones de habitantes que contaba Rusia? ¿Si todos los ciudadanos se vuelven obreros y empleados de un único cartel del pueblo, los ciudadanos no serán entonces el pueblo?

En todos sus pronósticos, incluso aquellos en que anunció que gracias al comunismo habrá la posibilidad de consumir sin limitación y la extinción del Estado que sería la consecuencia. del comunismo, Lenin presenta siempre al Estado como una organización de lucha democrática de las masas populares, como la simple «organización de las masas armadas». En el revuelto de sus consideraciones teóricas, hay muchas repeticiones que a veces parecen incluso partir de un espíritu anarquista. Es porque Lenin quería un Estado a cuyo frente se pudiera colocar a obreros que se habituarían a dirigirlo «como se dirige una fábrica».

Que se excuse, si se quiere, la dureza de nuestro juicio: semejante afirmación resulta una gran imbecilidad. Comparar la dirección de una fábrica con la de un Estado es no saber lo que es un Estado, con la inmensa complejidad de sus actividades; ahí se nos aparece de nuevo la ineptia de Lenin al pronosticar que los 240.000 comunistas, de los cuales solo una ínfima minoría tendría alguna idea de los problemas que se plantearían, podrían resolver tales problemas. Asimismo no puede sorprender su confesión en el XI congreso del partido comunista, en marzo de 1922: «Quizás nuestro aparato sea malo, pero se dice que la primera máquina a vapor inventada era también mala e incluso se ignora si funcionaba. Eso no es lo esencial. Lo esencial es que la máquina haya sido inventada».

Y el sofista, el astuto abogado insiste: «la primera máquina a vapor por su forma, era inutilizable. ¡Qué importa! En revancha tenemos ahora la locomotora. Nuestro aparato de Estado es francamente malo. ¡Que importa! Ha sido creado y es una inmensa invención histórica; un Estado de tipo proletario ha sido creado». He ahí las grandes conquistas que hemos obtenido y que no pueden sernos quitadas. Pero para nosotros, representantes del partido comunista, esto significa solo abrir la puerta. Ahora la tarea que se nos plantea es la de colocar los fundamentos de la economía socialista. ¿Se hizo eso? Bueno, eso no fue hecho. No tenemos todavía los fundamentos socialistas. Aquellos de los comunistas que se imaginan que tales fundamentos existen ya, cometen un error muy grande».

Estas palabras fueron pronunciadas cuatro años y medio después que Lenin hubiera hecho las previsiones que conocemos. Poco después, escribirá en sus notas que las cosas son repugnantes en lo que concierne al Estado, que los bolcheviques han retomado el Estado zarista y lo han pintado simplemente con una capa de barniz socialista. Pero todas sus acrobacias no le han permitido el menor restablecimiento.

* * *

Lo mismo ocurrió en el orden económico. Releed el último párrafo de las declaraciones del XIº congreso: los fundamentos del socialismo todavía no existen... Algunos buscaran excusas, tales como la guerra civil, que no olvidamos. Pero la siguiente declaración hecha por Lenin en ese mismo congreso de 1922, muestra que había allí otras causas, mucho más importantes: «La idea de construir una sociedad comunista sólo con comunistas es un infantilismo, un infantilismo puro. Hay que confiar la construcción económica a otros, a la burguesía que es más cultivada, a los intelectuales del campo de la burguesía. Nosotros mismos no estamos aun cultivados para eso».

Sin embargo, antes de octubre de 1917, Lenin había afirmado que el socialismo sería implantado en seis meses. Así, toda la política del partido comunista ruso se había basado en previsiones que la experiencia ha desmentido. Previsiones y promesas fueron rectificadas en bloque sin temor a las contradicciones.

Pero además de los errores que provenían de la crasa ignorancia de Lenin y los suyos sobre los problemas de organización de una sociedad¹¹, había aquella voluntad de tomar y de conservar el poder a todo precio, incluso el doble, triple o cuádruple juego. Y todo eso sin vergüenza, sin miedo a las contradicciones más graves y más inmorales. Pues todos los adversarios, incluso los revolucionarios, estaban aniquilados y nadie podía protestar.

Así, la «paz sin anexiones ni indemnizaciones» cuya proclamación reúne en Petrogrado y en Moscú una parte suficiente de soldados y los marinos de Cronstadt para asegurar el triunfo de los bolcheviques, se transforma en aceptación del tratado de Brest-Litovsk, que entregaba a los imperios alemán y austriaco a Ucrania, Crimea, el Cáucaso, una buena parte de Polonia y las provincias del Norte. Esta entrega a la que se había opuesto la mayoría del Comité central del partido comunista, pero que Lenin, quien quedó solo, impuso contra todos, fue una de las causas de ruptura entre los comunistas y los socialistas revolucionarios, a quienes Lenin, para desacreditar, acusó naturalmente de estar «vendidos» a los aliados.

Hubo traición también a las promesas falsas en lo que concernía a la consigna: «¡Todo el poder a los Soviets!», pues el poder pasó no a los Soviets sino al partido comunista que lo centralizó y lo acaparó enteramente. Es cierto que los Soviets continuaron existiendo nominalmente, y asimismo, como suprema ironía, que se instauró el régimen de dictadura implacable del partido comunista a la cual se llama siempre República de los Soviets. Pero de hecho no quedó sino la caricatura de los Soviets, sometidos al puño de hierro de las secciones locales del partido comunista, apoyadas por las fuerzas de represión, que los subyugaron desde el primer momento, impidiéndoles funcionar, prohibiéndolos, suspendiéndolos, avasallándolos bajo las acusaciones más engañosas: irregularidades electorales, incapacidad, malversaciones, todo era bueno para eso¹². El gobierno nacional de los Soviets fue de hecho ejercido por los miembros del Comité central del partido; por encima del Comité central se hallaba el Politburo y, como lo dijimos ya, en el seno del Politburo, Lenin imponía su voluntad.

* * *

Pero se produjeron al mismo tiempo otros escamoteos. Un formidable movimiento

cooperativo, nacido antes de la Revolución, se había desarrollado desde la caída del zarismo, sobre todo en el campo, donde constituía la realización constructiva más importante. Se habían formado Federaciones de cooperativas que cubrían inmensas extensiones del Cáucaso o del Turkestan en la extrema Siberia, sin que el gobierno pudiera someterlas a su voluntad debido a su gran pujanza en el dominio de las actividades económicas.

Entonces, de un día al otro, Lenin decidió la anulación de esas cooperativas, basadas en la asociación voluntaria de sus miembros tal como requiere la verdadera cooperación, y las hizo reemplazar por las cooperativas del Estado puestas en manos de una burocracia inepta y parasitaria. Las consecuencias de esta medida fueron la destrucción de fuerzas organizadoras de primer plano, la anulación de estructuras de producción agraria y de distribución, y la desaparición de medios orgánicos de intercambio entre la ciudad y el campo.

Soviets... Cooperativas... ¿Y los sindicatos, que constituían el tercer pilar de la nueva economía? Tampoco podía tolerarlos Lenin en tanto que organismos autónomos, que tienen sus propios principios, sus propios métodos de organización y de acción. En primer lugar porque los sindicatos eran una creación de los trabajadores, y Lenin, obsesionado por su concepción directorial minoritaria de la revolución, por la dominación unilateral del partido social-demócrata -el partido comunista fue creado más tarde-, no podía admitir que una fuerza revolucionaria constructiva ajena a la suya actuase al margen de las órdenes imperativas del partido del que era el jefe y esperaba seguir siéndolo. Además, porque siendo un intelectual como la inmensa mayoría de los dirigentes del partido, especialmente de la fracción bolchevique, no acordaba ningún valor, ninguna importancia a lo que podían hacer por sí mismos los obreros. Al respecto se había expresado sin ambages en las líneas siguientes:

«Librada a sí misma, la clase obrera es capaz de desarrollar solo una conciencia sindical. La conciencia socialista moderna no puede llegar a ella sino del exterior... no puede surgir más que de un conocimiento científico profundo. Portador de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa. Es del cerebro de miembros de esta formación social, como Marx y Engels, de donde ha surgido el socialismo moderno. El sindicalismo puro y simple significa la subordinación ideológica de los trabajadores a la burguesía».

Que había una parte de verdad en esas afirmaciones si tomamos el conjunto del sindicalismo mundial, lo admitimos, si bien cabe preguntar que resta de la lucha de clases y de las concepciones marxistas; pero tales razonamientos servían de pretexto a la subordinación obligatoria de las actividades sindicales al partido comunista, incluso cuando el sindicalismo iba tan lejos, si no más, que el partido social-demócrata o que el partido comunista mismo. En ese período revolucionario, el sindicalismo, o más bien la acción de los sindicatos rusos, era socialista en el amplio sentido de la palabra: los sindicatos tomaban en sus manos los talleres, las fábricas, y Rykov, vicepresidente del Consejo de los comisarios del pueblo, podía escribir en el *Narodnoie khoziasistvo* estas líneas reveladoras:

«Todo el trabajo de organización de la vida económica del país se ha hecho hasta ahora (comienzos de 1919) con la participación directa de los sindicatos y de los representantes de las masas obreras. Los sindicatos y las conferencias obreras de delegados de fábrica de ciertas ramas industriales han sido los principales y únicos laboratorios en que se han formado y donde se forman todavía los servicios de organización económica de Rusia».

Había, pues, también allí inmensas posibilidades reconstructivas. Pero precisamente porque esas posibilidades eran inmensas, Lenin no podía tolerarlas. Pues por su concepción egocentralista, de dominación de partido, de su partido, dominado por él, Lenin -después de adoptar posiciones teóricas a menudo contradictorias, a tal punto que un psicólogo se preguntara si no estamos ante un caso de esquizofrenia, había retornado a la afirmación de un comando único, siempre entre sus manos, bien entendido. De hasta adónde podía llegar este comando, en el orden teórico y después en el orden práctico, podemos encontrar un ejemplo en el libro que había publicado antes de la revolución bajo el título de *Un Paso atrás, dos adelante*.

En tales condiciones se comprenderá que Lenin, así como no podía ni quería soviets ni cooperativas verdaderas que tuvieran su propia dirección, incluso coordinada en un conjunto que habría podido armonizarse, no podía aceptar la existencia de sindicatos no sometidos a la dictadura de su partido, es decir a su dictadura personal. Por eso la Tcheka intervino después del golpe de Estado de octubre en las asambleas de las fábricas; por eso los trabajadores de las fabricas comenzaron muy pronto a protestar contra esas intromisiones; en los centros industriales, particularmente de Petrogrado y Moscú, fueron organizadas conferencias de delegados de fábrica, contra las cuales la Tcheka cometía estragos, procediendo a arrestos a menudo masivos. Esta lucha no respondía solamente a la voluntad de los trabajadores por administrar ellos mismos las fábricas, sino que revestía un aspecto general que concernía a los principios esenciales de la revolución, y al problema de la libertad. Así, a fines de diciembre de 1917, la conferencia panrusa de los trabajadores del libro reunida en Moscú adoptaba una extensa resolución contra la persecución del partido bolchevique a la prensa y los medios de propaganda por escrito, en la cual se encuentran los dos párrafos siguientes:

«1º) Al perseguir a la prensa, el Consejo de los comisarios del pueblo priva a la nación de la única posibilidad de estar informada sobre los actos del poder y sustrae a este último de todo control y de toda responsabilidad; 2º) El hecho de instituir un derecho *exclusivo* en el goce de la libertad de prensa en provecho de un solo partido, de un solo grupo o de una sola clase impide al pueblo desarrollar sus conocimientos y lesiona los intereses de la clase obrera en lucha por el socialismo».

Naturalmente que Lenin y los suyos acusaron a los trabajadores del libro de ser mencheviques contra-revolucionarios. Tanto más cuando una parte importante de las masas obreras protestaban al mismo tiempo que contra las novatadas de que eran víctimas, contra el cierre de la Asamblea constituyente que implicaba la eliminación de todos los demás partidos y la supresión total del derecho de expresión del pensamiento.

Recapitulemos entonces: anulación de los soviets como factores, de creación administrativa y organización local; anulación de las cooperativas; anulación de las

organizaciones sindicales y obrera: formadas y en formación; anulación también de la Asamblea constituyente elegida por el conjunto de la población rusa. Hacía falta ciertamente mucho «genio» para esta gigantesca obra de destrucción de los medios de que disponía la revolución.

En economía, la consecuencia fue una caída vertical de la producción. Todo se paralizaba, de una parte, stocks de trigo que disminuían a una velocidad fulminante en Petrogrado y en otros centros; de otra, las materias primas que no llegaban más a las fabricas de transformación, lo que engendraba una desocupación pavorosa. «En Petrogrado, 832 empresas industriales empleaban, en enero de 1917, 365.800 obreros; en abril de 1918, los efectivos estaban reducidos a 144.000, es decir con una baja del 60 %. En Moscú y en los alrededores, en abril de 1918, 36 manufacturas de textiles que contaban 130.000 obreros y 24 fabricas de construcciones mecánica: que ocupaban 120.000 trabajadores, cerraron sus puertas»¹³

Los robots del bolchevismo nos afirman, repitiendo las argucias de sus amos, que la terrible situación en que se encontró la población rusa en los años 1920-1921 y la que siguió fue la consecuencia de la guerra civil, y sobre todo del bloqueo de las naciones aliadas, después del sabotaje de los contrarrevolucionarios, entre los cuales, según la innoble táctica de la amalgama, Lenin y los suyos; colocaban a los mencheviques, sus compañeros de la víspera, a la socialistas revolucionarios de izquierda y de derecha, y también en la ocasión, a los anarquistas. En verdad, y sin negar de ninguna manera las consecuencias de la guerra civil, esas acusaciones contra las otras fracciones no eran mas que mentiras. El hecho de no querer someterse a una fracción minoritaria no implicaba en absoluto que estas otras corrientes estuvieran compuestas de «traidores» y de «contrarrevolucionarios», de «liquidadores» y de «filisteos». Estamos acostumbrados a ese genero de acusaciones que los discípulos de Lenin siempre han lanzado y siguen lanzando contra nosotros desde 1917, lo que traería como consecuencia, en una situación revolucionaria, nuestra exterminación; esta simple experiencia nos permite juzgar sobre el valor de las acusaciones arrojadas contra los partidos socialistas y revolucionarios rusos no bolcheviques¹⁴.

Hemos visto cual fue la confesión de Lenin concerniente al Estado, en marzo de 1922. Vimos también que Lenin declaraba entonces que todo debía ser emprendido, gracias a la burguesía y a los técnicos de la burguesía, en el dominio económico, particularmente de la socialización económica .

Lo que no decía era que el retroceso en ese terreno había alcanzado proporciones infinitamente superiores a lo que sugieren las cifras sobre desocupación que hemos reproducido mas arriba. Por ejemplo, la producción de acero bruto en lingotes, que había sido de 4.274.000 toneladas en 1916, había descendido a 182.000 toneladas en 1920, a 177 toneladas en 1921, a 255 toneladas en 1922, a 690 toneladas en 1924. Esta caída vertiginosa no se explica solo por la guerra tanto mas que en 1917, después de octubre, 24 de los 65 hornos existentes estaban en actividad.

Entre las causas de ese retroceso se pueden contar sin duda una cierta resistencia pasiva de los trabajadores en protesta contra el estrangulamiento de las libertades y la instalación

de una dictadura generalizada. Nos resulta imposible desenmarañar en que proporciones fue juzgada esta resistencia, a la que determinados hombres del partido presentaron como un «sabotaje de los trabajadores». Pero no debemos olvidar lo que afirmaba Rykov, uno de los altos valores del partido, en cuanto al papel de los trabajadores y de sus sindicatos, y que parece desmentir esa hostilidad.

No hay que olvidar tampoco la situación creada a los ingenieros y a diversos técnicos. La carta dirigida a Lenin en marzo de 1919 por un ingeniero, cuyo texto reproduce Prokopovitz en su historia económica de la U.R.S.S., nos informa a ese respecto. He aquí sus pasajes esenciales:

«¿Será que usted está a tal punto encerrado en su soledad del Kremlin como para no ver lo que es la vida en sus alrededores, y que no se da cuenta de cuanto hay entre los técnicos rusos, no por cierto comunistas oficiales, sino verdaderos trabajadores que han adquirido sus conocimientos técnicos al precio de un inmenso esfuerzo sin que los capitalistas estuvieran en ello para nada, y de ningún modo con la intención de servir al capital? Han adquirido esos conocimientos luchando ásperamente contra las condiciones mortíferas impuestas a los estudiantes en el viejo régimen. Para ellos esas condiciones no se han mejorado bajo el gobierno comunista.»

«Contra estos proletarios auténticos que, a pesar de la diversidad de sus orígenes sociales, se han puesto al servicio de ese hermano que es para ellos el obrero, y esto desde los primeros gestos de su vida consciente, mediante el pensamiento, la palabra y la acción, contra estos auténticos trabajadores, digo, arrojados por usted en un mismo montón de «intelectuales» pestíferos, se ha azuzado a los comunistas inconscientes y de fresca data reclutados entre los viejos agentes de policía, los comisarios de policía rurales, los pequeños funcionarios, los tenderos que, en provincia, forman frecuentemente una buena parte de las «autoridades locales».¹⁵

«Es difícil describirle el horror de las humillaciones y de los sufrimientos que les son infligidos. Denuncias y acusaciones de las más absurdas, pesquisas sin resultado, pero humillantes en extremo, amenazas de ser fusilados, requisiciones y confiscaciones, intromisiones en los asuntos más íntimos de la vida privada..., tal es la atmósfera en que han debido trabajar muchos técnicos salidos de las grandes escuelas, hasta estos últimos tiempos.

«Y sin embargo estos «pequeños burgueses» no han abandonado su puesto; han cumplido el compromiso sagrado que habían tornado de convertirse, al precio de no importa cuales sacrificios, en guardianes de la cultura y el saber para aquellos que los han humillado e injuriado por instigación de sus dirigentes. Han comprendido que no se puede confundir el infortunio y los disgustos personales con la creación de una vida mejor, y eso les ha ayudado y les ayuda todavía a soportarlo todo y a trabajar. Pero este seguro que entre estos hombres que usted calificó en bloque como burgueses, contrarrevolucionarias, saboteadores, etc., únicamente porque tienen una opinión que difiere de la suya sobre los medios de realizar el futuro régimen socialista y comunista, no comprará uno solo al precio que usted concibe¹⁶. Si usted quiere «utilizar» a los técnicos, no los compre: aprenda a estimarlos como hombres y no como ganado al que usted necesita de tiempo en

tiempo».

Esta carta, extraída según Prokopovitz de las Obras completas de Lenin, nos ayuda a comprender el retroceso de la economía rusa, y también por qué Stalin debió hacer venir a numerosos ingenieros y técnicos diversos de Alemania y de los Estados Unidos durante los años 1924-1935 (la desocupación reinante en estos dos países facilitó esa operación). Pues si en 1922 Lenin rendía homenaje a la capacidad de los técnicos de la burguesía rusa, no quedaba ya un número suficiente de estos últimos para realizar las tareas que les asignaba.

¿Las tareas? Si, o mas bien la tarea de organizar la economía de la que había sido el principal demoledor. Después de la insurrección de Cronstadt había comprendido hasta qué punto era necesario rectificar la situación, y en ese rasgo muchos comentaristas le han atribuido, una vez mas, genialidad. Pero lo que nos parece lo mas característico en cuanto a las disposiciones tomadas por Lenin, fue que en lugar de movilizar a los trabajadores acordándoles mas libertad de iniciativa, dejándolos desarrollar sus organizaciones, dando a estas mas posibilidades de actividad creadora, Lenin prefirió recurrir a los técnicos de la burguesía, según sus propias palabras. Pues sabia que podría más adelante, si viviera bastante tiempo para ello, deshacerse fácilmente de esos colaboradores de un momento, mientras que le sería harto difícil deshacerse de las organizaciones obreras que habían adquirido más madurez. Encargó entonces a la burguesía «organizar el comunismo», puesto que él no sabía organizarlo, incluso con la ayuda de su partido, de sus esbirros y de sus funcionarios. Tal fue la causa de la N.E.P. o Nueva Economía Política. Y hay gente que se extasía ante este contrasentido, ante esta monumental aberración.

Tanto más cuanto después que se hubo resucitado la libertad de empresa, que permitió una cierta proporción de viejas empresarios o de campesinos ricos, hubo que deshacer tales privilegios cuya aparición y reaparición se habla provocado. Y eso fue la caza a los «kulaks», la denuncia de los kulaks (Trotsky se encarnizó en esta necesidad), la deportación y el exterminio de millones de kulaks, de mujeres, de hijos de kulaks. Una nueva página de vergüenza y de ignominia que nada aportó de comunismo, que creó un nuevo parasitismo y contribuyó a lo que se llama la era staliniana.

¡La era staliniana! Aquí también vamos a chocar contra los robots, contra los títeres intelectuales de Moscú. Pues decimos que Lenin provocó esta era de pies a cabeza. Ante todo empujando hacia adelante a Stalin, en el que había comenzado a ver su instrumento o su sucesor. No se dirá jamás bastante que Stalin accedió al secretariado general del partido comunista ruso por voluntad de Lenin -que lo había hecho entrar al comité central en 1912-, quien quería servirse del mismo para impedir la ascensión de Trotsky, con el que estuvo siempre en lucha a pesar de cierta colaboración¹⁷. Y si Stalin pudo tomar tan fácilmente las palancas de comando, es porque Lenin había de tal modo centralizado y dispuesto del aparato de represión contra sus propias camaradas de partido, que fue muy fácil para el dictador georgiano sucederle. Que un año antes de su muerte, dándose cuenta de lo que Stalin iba a traer, sobre todo, porque al mismo tiempo veía cada vez mas hasta qué punto el Estado se volvía «repugnante», haya escrito el «testamento» en el cual ponía en guardia contra la «brutalidad» de su hijo espiritual y alababa, sin mucho entusiasmo,

los méritos de Trotsky -no entendemos con ello defender a este, que valió mas que Lenin hasta el momento en que se le unió-, eso no atenúa en nada su responsabilidad histórica.

Eso no cambia nada en la instauración del régimen staliniano que había preparado ampliamente. Pues aquellos que sabían, los que saben lo que era el régimen leninista, lo que en el mismo era el carácter policial, la sofocación burocrática, liberticida, perseguidora, la inepticia organizativa (aparte la que concernía a la policía), la inmoralidad administrativa, esos, entre quienes estoy, dicen que Stalin no inventó nada (aparte los procesos de Moscú), que esencialmente todo el stalinismo se encontraba en el leninismo.

Hay más: un estudio profundizado mostraría cuantas semejanzas psicológicas caracterizaban a los dos hombres. En Lenin, la voluntad de dominación fue siempre el principal resorte de sus actitudes, y en las polémicas, en las disputas, en las terribles luchas intestinas del partido social-demócrata ruso, incluso antes de que fuera consagrada la ruptura entre la fracción bolchevique y aquella a que se llamó menchevique, todos los procedimientos -las pillerías, las trampas, las violaciones de la palabra dada- eran buenos. Desde el momento en que no se estaba de acuerdo con él, se era contrarrevolucionario y enemigo del proletariado, y declaraba ante un tribunal del partido, en un proceso de orden moral que le hacían a la vez los mencheviques y la mayoría de su fracción bolchevique que «es un deber destruir, por todos los medios, a aquellos que son los enemigos del proletariado».

Esta actitud, que observó siempre, ¿no es ya la del stalinismo? Es cierto que no se está todavía ante el exterminio de los camaradas de partido. Pero le abre camino, pues en buena lógica es justo y necesario que los traidores sean ejecutados.

Lenin, repitámoslo, no fue tan lejos.. Pero había dado un paso considerable en ese camino mediante la exterminación de los socialistas revolucionarios de izquierda y de derecha, de los anarquistas, de los mencheviques que en ciertos puntos ofrecían más garantía a las practicas de socialización y de respeto de la libertad (hacia los sindicatos y los soviets, por ejemplo). Que la práctica de tal masacre se haya extendido después a las luchas de fracciones entre bolcheviques, es solo un desarrollo de lo que pre-existía. Es por lo demás muy útil observar que es en el terreno de la práctica de las «ex» o expropiaciones que carcomían al partido social-demócrata y contra las cuales toda la fracción menchevique y la mayoría de la fracción bolchevique terminaron por levantarse, que Lenin y Stalin coincidieron y fraternizaron. Lenin aceptó en principio renunciar, en el congreso de Estocolmo de 1907, a esta práctica que desmoralizaba todo y le aseguraba recursos con los cuales luchaba no solamente contra el régimen zarista, sino también contra las otras fracciones revolucionarias. Pero después de haber aceptado tal renuncia, se apuró a poner en pie una organización secreta de combate que continuó las «ex» que la gran mayoría de los social-demócratas denunciaba, así como las personalidades más salientes de la Internacional socialista, como Kautski y Rosa Luxemburgo. Y fue a Stalin a quien encargó dirigir, particularmente en el Cáucaso, esa actividad secreta. He ahí las razones de los primeros contactos, de las primeras afinidades entre los dos hombres. Lenin eligió después a Stalin, en el Comité central del partido social-demócrata (eso pasaba en 1912), y como Stalin aceptó ser un instrumento voluntariamente dócil, le hizo escribir un libro sobre el problema de las nacionalidades, que dio a su sucesor un cierto carácter de teórico.

Si se busca con que otros hombres, o con que hombres tenia, incluso en otros terrenos, afinidades equivalentes a las que existían entre Stalin y Lenin, creo que no se los puede encontrar. Ni Trotsky, ni Zinoviev, ni Kamenev, ni Bujarin, ni Martiv, ni Plejanov ofrecen tal grado de similitud. Por su voluntad de dominar a todo precio y sin que nada lo detenga, Stalin era el digno sucesor de Lenin. La única diferencia consistía en que este último, mucho mas informado de las teorías socialistas, tenia a veces sobresaltos críticos que no le impedían continuar en la pendiente fatal en que se había lanzado.

- i Última edición en castellano en Ed. Zero, Bilbao, 1972.
 - ii Xavier Paniagua *La Sociedad Libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español. 1930-1939*. Ed. Grijalbo-Critica, Barcelona, 1982, pp. 203-204.
 - iii Puede consultarse el documento artículo de Xavier Paniagua *La visión de Gastón Leval de la Rusia Soviética en 1921* en «Recerques» n. 3 Ed. Ariel, Barcelona, 1974. pp. 199-210.
 - iv Una interesante aproximación al pensamiento de Leval en esta época queda contenido en la obra anteriormente citada de Paniagua, así como en *La utopía anarquista bajo la II República*, Ed. *Ayuso*. Madrid, 1973, de Antonio Elorza.
- 1 Yo había ido a Moscú como delegado de la Confederación Nacional del Trabajo española, para tomar parte en la fundación de una Internacional Sindicalista revolucionaria.
 - 2 Entre los más capaces del anarquismo ruso.
 - 4 Sirolle, delegado libertario francés, de vuelta a París, contestaba a camaradas que le reprochaban el no haber intervenido durante esa discusión: «¿Qué quieres?, hay que cuidar el pellejo».
 - 5 El politburo era el buró político.
 - 6 Entre ellos, los «buzones». Los buzones eran pequeños cuartos, tapizados de corcho, que siendo herméticamente cerrados no dejaban entrar el aire. Allí se encerraba a un hombre, o a una mujer, durante cierto número de horas, y se lo sacaba en un estado tal que firmaba todas las acusaciones que se le exigía.
 - 7 Ver el *informe de la delegación siberiana*, escrito por Trotsky, y recientemente editado por la colección Spartacus.
 - 8 Sobre 715 asientos, los socialistas revolucionarios obtuvieron 412, los bolcheviques, 158. La mayoría de la Asamblea era, pues, adicta a las soluciones socialistas.
 - 9 Observemos que los bolcheviques no tenían entonces programa agrario. Su tendencia (semejante a la de los socialistas revolucionarios) había sido la nacionalización por el Estado; los mencheviques, con Plejanov, preconizaban la «municipalización» de las tierras. Pero los campesinos se dividían las grandes propiedades; entonces, pare no disgustarlos y atraerlos, los bolcheviques adoptaron la fórmula neutra «¡La tierra para quienes la trabajan!», lo que implicaba el reconocimiento de la multiplicación de las pequeñas propiedades. Oportunismo, siempre.
 - 10 Sin duda Lenin calculaba que sería después más fácil arrancarle el poder a los Soviets que a un gobierno socialista revolucionario.
 - 11 Sin duda Lenin pensaba, con Marx, que no había que ocuparse de las «recetas para las marmitas de la sociedad futura».
 - 12 He aquí, por lo demás, cual era la doctrina difundida por Lenin, después del congreso celebrado en Estocolmo por el partido social demócrata en el que, en 1906, se había discutido sobre los soviets aparecidos un año antes en Rusia: «El partido no ha renunciado nunca a su intención de servirse de ciertas organizaciones que le eran extrañas, tales como los soviets, a fin de extender la influencia de los socialdemócratas sobre la clase obrera. Al mismo tiempo las organizaciones socialdemócratas deben recordar que si el trabajo socialdemócrata es organizado como conviene de modo amplio entre las masas, tales instituciones pueden prácticamente volverse superfluas».
 - 13 *El Obrero de Petrogrado*, 2 de junio de 1918.
 - 14 Vemos cómo los bolcheviques y su jefe supremo aumentaron rápidamente sus efectivos, y de lo que estaban compuestos aquellos que hicieron la ley en los campos, contra los campesinos y los revolucionarios no leninistas. Trotsky incorporó a los militares, no por convicción sino por profesionalismo, al ejército estatal existente, como Tujachevski, oficial zarista, o Brusilov, de las glorias del ejército ruso. Naturalmente, el primero de los dos puso toda su ciencia y su técnica de masacre para, bajo las órdenes de Trotsky, aplastar a los insurgentes de Cronstadt.
 - 15 Lenin quería atraer a los técnicos ofreciéndoles una situación de privilegiados. Interpretación materialista de la historia.
 - 16 Observemos con qué facilidad Lenin trataba de oportunistas, de traidores, de contrarrevolucionarios, etc., a quienes estaban en desacuerdo con él.
 - 17 Hubo siempre divergencias entre Lenin y Trotsky, aunque las mismas no estallaron a la luz del día. Y fue Lenin quien se impuso.